



**JOSÉ PABLO  
FEINMANN**

---

**LA CONDICIÓN  
ARGENTINA**

JOSÉ PABLO FEINMANN

# La condición argentina

Espejo de la Argentina  Planeta

## Pretencioso análisis de una época

No hay una temporalidad objetiva. Basándose en ciertas regularidades de la naturaleza (las mareas, las estaciones, los astros), se han delineado, a lo largo de los siglos, los llamados calendarios. Que son el intento de trasladar las regularidades de la naturaleza a la historia de los sujetos humanos. Tal vez sea tranquilizador pensar que todo tiene un orden en un mundo que no presenta ninguno. Si ha caído el sentido de la historia, al menos nos queda el sentido del calendario. Festejamos el fin de un año, brindamos, nos embriagamos, comemos excesivamente y al día siguiente nos levantamos con un tremendo dolor de cabeza, eso que se dice *hangover*, y que es un malestar generalizado de los excesos del día anterior. ¿Por qué sucede algo tan escasamente tranquilizador, tan desagradable? ¿No fue el año pasado cuando cometimos esos excesos? ¿Por qué los padecemos ahora si pasó un año entre el brindis burbujeante y descomedido, los augurios de felicidad «para el año que empieza», las copas en alto, el lechón con 35 grados y demás exorbitancias y estos horribles vómitos de este 1º de enero, de este «nuevo año» que debería estar muy lejos del que ya pasó, del que se fue con toda su carga de desgracias, amargas, frustraciones, amores trancos, divorcios, niños anhelados que «volverán más sólida nuestra unión» y resulta que lloran toda la noche, se mean, se hacen «caquita», vomitan el babero, cometen fervorosamente «diarrea estival», o se pescan una tos convulsa intolerable (para nosotros) y el médico nos dice «cuando les

venga el ataque» haga que levanten los bracitos y todo irá mejor y uno, que obedece a los médicos como los practicantes de la espiritualidad boba a sus gurúes, porque uno, al fin y al cabo, practica la espiritualidad boba de convertir a los médicos en sus tiránicos gurúes, le dice al, pongamos, niñito: «dale, mi amor, levánta tus pequeños brazos y dejá de toser, dejá de toser, querido, mi amor, dejá de toser que mami y papi se preocupan, se angustian, y entonces vos no estarías, digamos, cumpliendo la principal tarea con que viniste a este mundo: conseguir que la pareja de mami y papi se cristalice, se consolide, se fortifique, todo para criarte en un fuerte y sano clima de amor conyugal, cosa que no será posible si nos seguís metiendo el pánico en el alma con tus toses de tuberculoso sin retorno, de Chopin irredimible, de Margarita Gautier pálida, sufriente, conmovedora y puta, así que, nenito, amorcito nuestro, ¡dejá de toser, carajo!, agradecemos que te trajimos a este mundo pese a nuestras dudas, porque, hijito, mamá y papá piensan, y pensar es saber situacionarse en el mundo en que se vive, así que mamá y papá han estudiado y mucho y bien, y cuando decimos bien decimos que no se nos dio por la psicología, por la literatura ni por la filosofía, sino por las disciplinas del siglo XXI, hijito, siglo que será Merkel o no será, que será Macri o no será, que será Trump o no será, mami y papi estudiaron Administración de Empresas, mi amor, estudiaron racionalización del trabajo en el nivel operacional (que, en vulgata, significa: rajar a quien sea y cuando sea siempre que se nos dé la gana, que los costos no cierren, que haya que reducirlos, algo que cualquiera sabe significa echar a uno o cincuenta laburantes, modo inapelable de reducción de costos, el mejor, por ahora: ¡ya vendrá la invasión de robots y produciremos sin obreros, jodete Marx!), mami y papi estudiaron teoría de la burocracia, teoría de las relaciones humanas: liderazgo, comunicación y dinámica de grupo, teoría de las decisiones: integración de los objetivos

organizacionales e individuales, tratando siempre de favorecer antes a la organización que a los individuos, ahora, por ejemplo, mami y yo somos una organización, la organización que te trajo al mundo, y vos sos el individuo, el individuo que nos deteriora la vida antes que consolidarnos la pareja, razón por la cual sospechamos que te trajimos al mundo un poco inútilmente, pero, ¿por qué te decíamos que somos inteligentes, que estudiamos y todo eso? porque, hijito querido, pensamos mucho antes de traerte al mundo, y nos preguntamos: ¿valdrá la pena traer un hijo a este mundo?, ¿valdrá la pena traer otro ente que se haga preguntas irrespondibles, que sepa que Dios no le dará importancia por más que le rece, que no le cederá ni media oreja (suponiendo que tenga orejas) para escuchar sus súplicas, que jamás comprenderá quién hizo la piedrita, la pequeña piedrita que estalló y, de ese estallido, salió la impecabilidad matemática del Universo que, para colmo, se expande sin cesar ¿hacia dónde?, que un día trágicamente sabrá que, así como nació, morirá, que la Muerte no es un espectáculo, algo feo y triste que les pasa a los otros sino que le pasará a él, y no de golpe, de un saque, ¡paf y chau!, no, nada de eso, sino que primero se enfermará y después sufrirá y sufrirán los que lo aman o fingien amarlo, y los médicos le mentirán, y los amigos también por medio del consuelo tonto y sobre todo para aliviarse ellos, si te consuelo a vos es porque yo estoy vivo y no me voy a morir porque no fumo como fumabas vos irresponsable? aunque, por otra parte, ¿no será injusto privarlo de los espectáculos maravillosos, imponentes, miríficos de la naturaleza?, o: las majestuosas cataratas, los crepúsculos carmesí, las orquídeas, los amaneceres junto al mar, los tsunamis, los cocodrilos, las serpientes, las tarántulas, los mosquitos, las arañas pollito, los tiburones, las cantáridas, las termitas, los avispones asiáticos, la hormiga bala, las chinches, la sanguijuela japonesa, el ciempiés gigante o la araña bananera? Y también, y acaso especialmente,

¿no será injusto privarlo de las hazañas del genio humano, de todo lo grande que el hombre, el sujeto histórico ha hecho a lo largo de los siglos?, o: las pirámides, la filosofía helénica, la jurisprudencia romana, la fe del Medioevo, la música de Mozart, los adagios de sus últimos conciertos para piano, sobre todo el 23 y el 21, la novena sinfonía de Beethoven, los cuadros de Turner, la luz mágica de Johannes Vermeer, el enigmático y místico cuadro *Girl with an earring*, que se hizo en cine con las redondeces (más Rubens que Vermeer) de Scarlett Johansson, los movimientos del pincel de Velázquez, *Las Meninas* y el análisis de Foucault, la Sonata en Sí Menor de Liszt, la Balada N° 1 de Chopin, los dos conciertos para piano de Brahms, su primera sinfonía, toda la música de Gershwin, Gary Cooper en *A la hora señalada*, Richard Widmark en *Siniestra obsesión*, los ojos de Jennifer Connelly, Connelly y Ben Kingsley en *House of sand and fog*, los documentales de Leni Riefenstahl, esos desfiles tan ordenados, tan imperativos de los ejércitos nacionalsocialistas, la racionalidad implacable de Auschwitz, esas bombas monumentales de Hiroshima y Nagasaki, la tortura como tarea de inteligencia en Argelia, Argentina e Irak, la imponencia de las Torres Gemelas cayéndose, las decapitaciones de los fundamentalistas del Islam, el niño sirio muerto en la orillita del mar donde juegan los niños de Occidente, las elecciones de la democracia, la alegría de perder una de ellas por tres puntos, los contoneos felices, despreocupados de Macri en el balcón de la Rosada, Donald Trump como presidente de los Estados Unidos al frente de los republicanos, el golpe inminente en Venezuela, los decretos de Macri, etc.? Todo eso pensamos, niño amado, y corajeando decidimos traerte, de modo que pará con la diarrea estival o te metemos en un internado y nos libramos de vos y nos dedicamos a nuestro trabajo: informar a los empresarios cómo ganar más dinero bajando costos, es decir: echando asalariados a la calle».

En suma, el fin de año no existe. Es una convención. Nada de «año nuevo, vida nueva». ¿En serio usted cree que va a tener una vida nueva porque cambió el año y la derecha se adueñó del planeta, y nada se le resiste, a nada teme salvo a los fundamentalistas, porque son tan semejantes que los dos meten miedo, porque lo único que diferencia a un *marine* entrenado y ultraequipado para matar y a un terrorista del Islam es que uno mata y quiere zafar y el otro no, no le importa, allá lo esperan Alá y las vírgenes que tiene destinadas. En fin, mis disculpas por estas líneas acaso no muy optimistas, pero de todos modos: Feliz Año Nuevo Para Todos. (Con perdón: ¿para todos? Nada puede ser feliz para todos. Si es feliz para unos, no lo es para todos los otros que aún se atreven a habitar este planeta; esos obstinados, tal vez heroicos sujetos humanos. Brindemos por ellos. Recordemos la célebre y enorme frase de Walter Benjamin: sólo por nuestro amor a los desesperados conservamos todavía la esperanza).

3 de enero de 2016

## Reflexiones sobre la historia

Aunque por imperativos epocales tuve que leerlos a todos, nunca me interesaron los historiadores que expresaban el llamado revisionismo histórico. De entre ellos, me deslumbraron más los nacionalistas de derecha. Grandes plumas, elegancia de la prosa, formación sólida, los hermanos Irazusta y, sobre todo,

el egregio Carlos Ibarguren se apoderaron de mis largas jornadas de lectura. ¿Qué sucedía con los demás? Muy simple: toda posición epistemológica que meramente se reduce a ser la negación de su enemigo se somete a éste. Los revisionistas del '30 se dedicaron a una explicitación más o menos rigurosa (convinciente, sin duda) de la historia oficial (la de la oligarquía que había ganado las guerras civiles en el siglo XIX) para desmentir cada una de sus afirmaciones. Ser la contracara de mi enemigo me hace su esclavo. No tengo una cara propia. No supe construirla. Elegí un camino incorrecto: el del plagio en negativo, no el de la creación. Así, el revisionismo escribe la historia de los derrotados y construye un panteón alternativo. Lo que fue negado por los triunfadores ellos lo reivindicaron, lo exaltan y explican el fracaso del país por la mala resolución de ese conflicto. En lo esencial (siempre hay que preguntarse por el fundamento de las cosas, no vamos a entrar a discutir aquí con Heidegger, pero sencillamente digamos que todo lo que sucede, aun cuando no responda a ninguna teleología, sucede porque una serie de cosas sucedieron antes, esta sucesión se descubre de adelante hacia atrás, cuando ya ocurrió, ya que no está inscrita en ninguna finalidad secreta, inmanente, de los hechos que se han venido desarrollando: en ninguna parte estaba prefijado que Urquiza se retiraría en Pavón, no pertenece a ningún *telos* —fin— de los hechos históricos, fue un producto del elemento de azar que debemos incluir en la historia o de una negociación en caliente con sus enemigos de Buenos Aires que le hizo cambiar la gloria por las ovejas), el revisionismo ha existido gracias a la historia oficial. Sin historia oficial no habría revisionismo histórico, ya que nada tendrían que revisar sus vigorosos pero dependientes historiadores. Es (me permitiré este ejemplo) lo que ocurre en la actual política argentina. Hay un gobierno que, mal o bien, hace cosas. Y hay una oposición que sistemáticamente las niega, se opone.



Así, el país (toda su enorme complejidad) ha sido reducido a la antinomia K/anti-K. El revisionismo histórico (con mayor talento, por supuesto) jugó ante la historia oficial un papel semejante al que la oposición anti-K juega contra el gobierno K. Los anti-K sólo han avanzado en la tarea —sencilla y naturalmente autónoma y creativa— de oponerse a todo lo K. No se puede crecer así. Nadie debiera extrañarse de la pobreza humana y conceptual que presenta la llamada oposición. Esta gente —a quienes también se les dice «opo», acaso para señalar que están siempre divididos o que ni siquiera llegan a ser una «oposición»—, para dibujar su propio rostro sólo atina a llevar a cabo la copia en negativo del rostro de su enemigo. (Dado el odio que cunde en el país lamento tener que escribir esta palabra. Desearía escribir «adversario». Pero un «adversario» tendría propuestas y no odio). Hace un par de días estaba parado frente a una librería. Se me acerca una persona y pregunta si yo soy Feinmann. Le digo que sí. Me dice, tartamudeando un poco, se lo veía tramado por los nervios: «Usted... es un sorete kirchnerista». Se da vuelta y se va. No fuera que se me diera por contestarle. Pero no: me quedé, algo absorto, tratando de elucidar qué me habría querido decir. Por su cara advertí que me odiaba. Pero me resultaba arduo comprender qué concepto político encerraba la fórmula: sorete kirchnerista. ¿Por qué le resultaba tan sencillo definirme como kirchnerista? ¿Me había leído? No lo imaginaba leyendo alguno de esos libros gordos que más de uno tanto me reprocha. ¿Por qué algo tan complejo para mí era tan fácil para él? Había dicho: usted es. Nunca —he dedicado mi vida a la filosofía y la literatura (y pienso seguir haciéndolo largamente)— me resultó sencillo el problema del ser. Y, en general, no me gusta ser algo sino estar abierto a mis infinitas posibilidades y ser lo que vaya eligiendo ser. Una roca es. Una montaña es. El universo (que, aunque esté en expansión, no lo sabe) es. Acaso esa buena persona me

había hecho un favor. Por fin sabía qué era. Un sorete. Pero no cualquier sorete, sino uno kirchnerista.

Terminemos: si algo expresa el concepto sorete kirchnerista es que ese señor (un pobre tipo, pero esto tampoco importa) piensa cómo y desde la mierda. Esto es: no piensa, insulta. No piensa: agrade. No piensa: odia. No necesito decir que el odio es la negación del pensamiento y de todo consenso posible. El odio alimenta el conflicto pero no lo enriquece. Al final, lo único que se sabe es que se odia. Como en las guerras. Un soldado mata a los enemigos primero por Dios y por la patria. Después por la patria. Después ya no sabe qué es la patria. Sólo ve un terreno cenagoso lleno de cadáveres de propios y extraños. Entonces sigue matando pero ya no sabe por qué. Primero por el odio que se obstina en permanecer. Después el odio desaparece. Y sigue matando por nada. Hasta que algún otro, un enemigo que tampoco sabe ya por qué mata, lo mata a él.

Volviendo al revisionismo. Hay que buscar una cara propia. Y ciertos importantes rasgos de esa cara están en la de mi enemigo. Él también hizo el país. No puedo negarlo en totalidad. Un solo ejemplo: hace muchos años (en 1975) escribía *Filosofía y Nación*. Algo me llevó a la historia de Belgrano de Mitre. La leí y me interesó mucho. Había elementos de trabajo que jamás habría encontrado en otra parte. Lo que significa: para dibujar nuestro propio rostro necesitamos tomar elementos del rostro del enemigo. Pero no para hacer un trabajo contrafáctico con ellos. Sino para incluirlos como parte de nuestro ser, de nuestra cara. Esto es lo que Borges consigue brillantemente en su «Poema conjetural». Cuando Laprida siente en su garganta el filo mortal del montonero de Aldao que lo mata, siente también que al fin se encuentra con su destino sudamericano (no en vano adjetiva: «el íntimo puñal»). Alberdi (en los *Póstumos V*, capítulo XIX) habla de una democracia civilizada y de una democracia bárbara. Ésta surge después de la Revolución de Mayo

y se organiza contra ella. Escribe el Platón argentino, como lo llamará Felipe Varela: «Los pueblos resistían, no la independencia respecto de España, que Buenos Aires les ofrecía, sino la dependencia respecto de Buenos Aires, que esta provincia pretendía sustituir a la de España». Y así, luego de décadas de sangrientas guerras civiles, triunfó Buenos Aires al conseguir sus objetivos. Puso caudillos adictos en todas las provincias (que luego generaron dinastías perversas como los Juárez en Santiago del Estero) y se dedicó a hacer, no un país, sino una ciudad. La bella ciudad de Buenos Aires.

En suma, dibujar el rostro que habrá de definirnos requiere una profunda comprensión del rostro del Otro. Alberdi dice que el problema de la nación argentina habrá de encontrar su solución el día en que las dos democracias (la civilizada y la bárbara) consigan hermanarse para hacer un país. Es cierto que el gran ejemplo de denostar todo lo que no era propio lo dio nuestra clase oligárquica, nuestros liberales. (Hace poco salió en este diario una pequeña y valiosa nota de Pacho O'Donnell dedicada a mostrar los nombres de las callecitas de Buenos Aires, como dice Horacio Ferrer. Todos celebraban éxitos de la oligarquía argentina en sus avatares por liquidar a negros, gauchos e indios. Ésa es la muestra que consagra y cosifica al odio. No lo sabemos porque ignoramos quiénes fueron. Pero si alguien nos explicara qué heroicas cosas hicieron Paunero, Sandes, Irrazábal, Roca y sus soldados y sus Remington, acaso preguntáramos: «¿Y por eso tienen una calle en su memoria?»).

La historia es conflicto. La historia, en la Biblia, surge de la desobediencia, del pecado. Desobedecer a Dios es poner la responsabilidad de hacer la historia en los hombres. Aunque asimismo la historia los hace a ellos. Porque —vaya si lo sabemos— la historia también la hacen los otros. Y acaso, como hoy, ya no la haga nadie pues nadie puede controlarla. De aquí los aromas apocalípticos que recorren el planeta. Nunca, antes, estuvieron

tan presentes. Nunca, antes, tantos locos —desde los halcones del complejo militar-industrial norteamericano hasta los fundamentalistas del Islam, o los imprevisibles de Rusia, Pakistán, India o la derecha israelí— estuvieron en posesión y poseídos por tan destructivos elementos diseñados para la hecatombe, la devastación, por la técnica de la modernidad informática.

14 de diciembre de 2014